

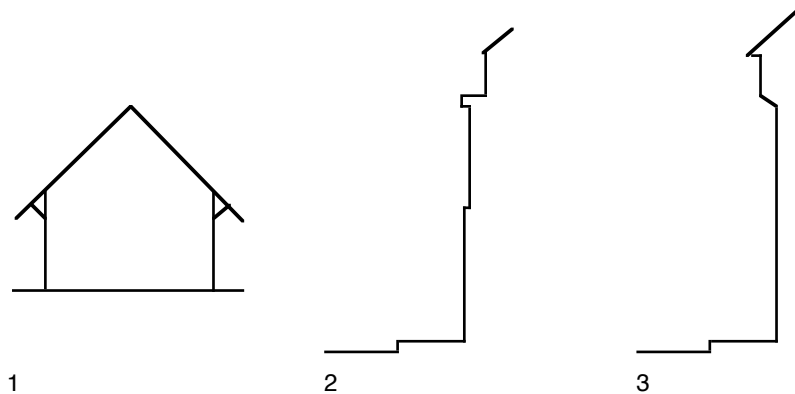
## CASAS DE CAMPO

*Eugène Emmanuel Viollet-le-Duc, Entretiens sur l'architecture (1872), fragmento de la Lección XIX. Edición en inglés de Dover Lectures on Architecture (1987), segundo tomo, págs. 345-349. Traducido por Juan Ignacio Azpiazu, www.ignacioazpiazu.com.*

A pesar de que el principio de piramidación puede ser apropiado para algunas clases de construcciones, es inaplicable a las viviendas ordinarias, así como también lo es a varios tipos de edificios públicos, como mercados, salas de asamblea, etc.

El requisito esencial para una vivienda es un espacio ampliamente protegido con los medios más eficaces y simples.

El principio de construcción de una vivienda en el norte está abarcado en esta forma, fig. 1, —cuatro paredes y un techo a dos aguas.

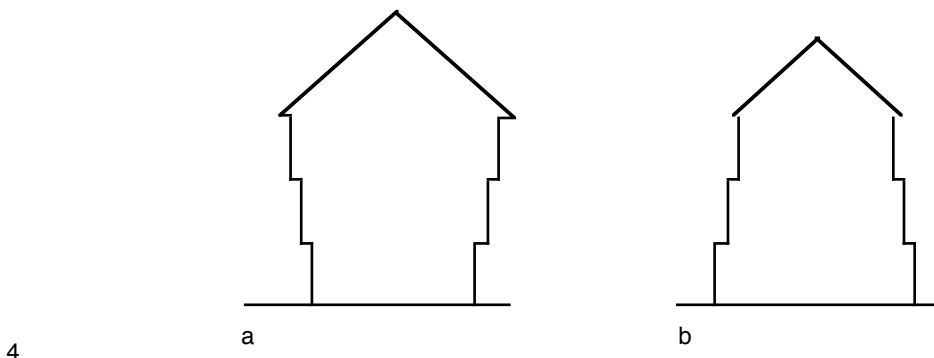


La adopción en este último medio siglo, en nuestras grandes ciudades, de un arreglo en el cual el último piso se retira de la línea de frente, fig. 2, puede quizás justificarse por la necesidad de permitir que el sol y el aire ingresen en calles relativamente angostas; pero es claro que da lugar a que el techo no proteja el muro de frente, y a que la lluvia y la nieve dañen esos pisos inferiores; para avenidas anchas no es menos manifiesto que el arreglo representado en la figura 3 sería mucho más deseable.

Hablamos en la Lección precedente sobre las ventajas que se pueden obtener al adoptar proyecciones salientes en el caso de edificios que bordean avenidas anchas, y no volveremos sobre el tema.

Pero mientras que estas ventajas, que son evidentes incluso hablando de viviendas urbanas, no pueden ser aprovechadas en todos los casos, particularmente cuando está en juego la admisión de aire y luz hacia las calles angostas en relación a la altura de las construcciones, no hay nada que nos impida hacer buen uso de ellas en las casas rurales.

Nadie dudará de que un edificio de viviendas que tenga la silueta *a*, fig. 4, resistirá los efectos atmosféricos y protegerá a los habitantes en forma más efectiva que el mostrado en *b*.



Hay climas que presentan condiciones tan adversas para la seguridad de las viviendas que el hombre queda obligado a adoptar dispositivos de protección especiales. Así, por ejemplo, en los valles más altos de los Alpes, en donde durante cuatro o cinco meses al año la nieve tiene más de un metro de profundidad, los habitantes se han visto obligados a tomar precauciones extraordinarias para defenderse ellos mismos y sus posesiones contra sus invasiones. Así vemos *chalets* elevados sobre cuatro bloques de piedra de más de un metro de alto, levantando así los escalones de entrada por sobre el nivel de la nieve, y permitiendo que ésta se derrita sin penetrar en la vivienda; o que quizás consisten de una planta baja en albañilería maciza, sobre la cual se construye el piso habitado, proyectándose por fuera del basamento, y que es de construcción de madera, o de troncos apilados y encastrados en los ángulos. Los siglos pasan, pero el estilo de estas construcciones no sufre cambios, porque en los distritos en cuestión los dictados del clima son mucho más imperiosos que lo que podrían ser los prejuicios de las escuelas arquitectónicas. Podemos razonablemente suponer que al pasar las *cols* de los Alpes Aníbal vio *chalets* similares a los que todavía se construyen en los pasos entre esas montañas. Ahí de ningún modo penetrará jamás la villa suburbana de París o la casa de campo inglesa, como sí han logrado hacerlo en regiones más inclementes, a pesar de hacerlo desafiando las condiciones locales. ¿No vemos acaso 'casitas inglesas' en Cannes, 'pavillons' con torretas de pizarra en el campo en las afueras de Marsella, chalets (construidos de tablas, es cierto, revistiendo muros de albañilería) en los suburbios de París? La buena gente que vive en estas... 'follies' están, es verdad, albergados ahí en forma muy indiferente; se cocinan en el verano o se congelan en el otoño, y tienen que pagar pesadas cuentas de reparaciones cada primavera, y no obtienen a cambio otra cosa que el placer de haber trasladado una casa desde las orillas del Sena a Marsella, una de los suburbios de Londres a Cannes, o una de Suiza a París. Por cortesía debemos suponer que esa satisfacción realmente les compensa la falta de una buena vivienda saludable y confortable.

Y mientras que éstas son condiciones climáticas que es necesario tomar en cuenta en las ciudades, estas condiciones son todavía más imperativas en el campo, en donde los edificios aislados quedan particularmente expuestos a las inclemencias del clima; en donde es difícil conseguir quien haga una reparación, y en donde, si una vivienda se vuelve inhabitable, el último recurso —un albergue— no existe. Sin embargo parecería que en los últimos años, los requerimientos de las viviendas en el campo hubieran sido en muchos casos bastante ignorados.

Uno supondría, al ver algunas de estas viviendas, que su solo objeto fuera adornar el paisaje, y gratificar a los turistas, como esos poblados decorativos que la corte de la emperatriz Catalina habían levantado durante el viaje a través de las estepas rusas. Cuando el sol brilla sin ser demasiado opresivo, cuando las noches son suaves y tranquilas, cuando no hay ni lluvia ni viento, los chalets de tablas en las costas del Canal de la Mancha, los castillos decorativos en las costas del Mediterráneo, y las casitas de campo de Arcachon, son viviendas más o menos habitables; pero cuando irrumpen el calor, la tempestad, el mistral, o la neblina, deseamos estar en aquella pequeña posada del pueblo vecino, a pesar de que no era ningún palacio.

Debe entenderse que estoy hablando aquí exclusivamente de las viviendas de campo ordinarias, y no de grandes casas señoriales o châteaux. Son las casas de campo ordinarias las que tengo especialmente en vista, porque éstas son numerosas, y el gusto por construcciones de este tipo se ha difundido muy ampliamente en este último medio siglo. Sin embargo, con el desorden que prevalece en el terreno arquitectónico, y con las fantasías extrañas y pueriles de los que construyen casas, son muy pocos los edificios que satisfacen adecuadamente los requerimientos de una casa de campo de dimensiones moderadas.

Hay dos maneras diferentes de enfrentar estos requerimientos, una que llamaré el método inglés, y otra que llamaré el método francés.

El método inglés consiste en unir pequeños bloques edilicios, cada uno conteniendo una o dos dependencias, según el gusto o conveniencia del dueño —generalmente sólo en planta baja, y sin considerar en absoluto la simetría; cada uno de estos bloques de una altura que corresponde a la dependencia que contiene, con ventanas según la vista que se desee, y con vínculos más o menos convenientemente dispuestos. En una planta de este tipo usada para una construcción en el campo vemos la impronta de ese sentido práctico que distingue a los ingleses.

El método francés consiste en construir un pabellón, es decir, un bloque masivo simétrico, en el que los distintos tipos de espacio, en vez de estar desparramados en horizontal como en la planta inglesa, están unidos en una serie de pisos, todo bajo el mismo techo. Este es un viejo método tradicional de Francia, y que tiene sus propias ventajas. La verdadera casa de campo francesa es el *château de plaisance* del siglo dieciséis hecho miniatura, así como el 'cottage' inglés es la casa señorial inglesa del medioevo hecha miniatura, con sus bloques de construcción dispuestos variadamente según la conveniencia del ocupante. Algunos propietarios franceses han hecho esfuerzos por introducir el estilo inglés, pero no creo que estas disposiciones sueltas se ajusten a nuestras costumbres, a menos éstas cambien, lo que es difícil esperar. El método inglés preserva, incluso entre relaciones de mucha proximidad, una especie de independencia, —un aislamiento personal que es muy difícil encontrar entre nosotros. Cuando los franceses tienen una relación de estrecha amistad, o piensan que la tienen, parecen dispuestos a compartirlo todo, y a sacrificar absolutamente su individualidad; a pesar de que cuando las relaciones que se han vuelto estrechas antes de lo debido dan lugar a desacuerdos las peleas que resultan son muy violentas. No es ésta sin embargo nuestra peor falla, ya que tiene también su lado bueno. Pero cuando una familia, o cuando reales amigos, se reúnen, parecería deseable que su vida en común fuera tan concentrada como sea posible. Cuanto mejor se sirva la vida en común mejor será. Para un francés entonces una casa de campo es una especie de tienda común, cuyos internos siguen todos los mismos rituales diarios. Entre nosotros, la vida en una casa de campo es tenida por vital y alegre sólo cuando todos están al alcance de la voz de los demás, cuando las habitaciones están muy próximas unas de otras, y cuando se puede charlar incluso a través de las paredes y de los pisos. De modo que será muy difícil persuadir a franceses que están descansando en una casa de campo de que la mejor manera de mantener una relación cordial entre ellos sea nada menos que evitar este contacto forzoso a toda hora del día, y preservar una apreciable independencia. Por supuesto que no incluyo casos excepcionales. Es el resultado de nuestra forma de vida que el tipo para la casa de campo francesa sin demasiadas pretensiones, hasta hoy al menos, ha sido, y sigue siendo, lo que se llama un *pavillon*. Corresponde que el arquitecto se adecue a las costumbres establecidas, haciendo lo mejor posible en las circunstancias, sin caer en vulgar obsecuencia, y mientras tanto estudiando cuidadosamente las reales condiciones del programa y las que tienen que ver con la salubridad y los medios para hacer un edificio fácilmente preservable.